
Resumen: Con la compañía intelectual de Gastón Bachelard y María Zambrano, entre otros autores y autoras, este artículo-carta funcionará a modo de conclusión de nuestra correspondencia. Propondremos desbordar el concepto cerrado en aras de que sea la metáfora la que recoja todo aquello que queda fuera, exenta como está de una dirección de sentido en línea recta. De este modo, “desquiciando la lectura”, es decir, sacando del quicio todo lo que se ha ido expresando a lo largo de esta correspondencia, se hará una propuesta teórico-práctica que permita avanzar hacia otras epistemologías capaces de hacerse cargo del siglo XXI con sus requerimientos. Propondremos espacios de consenso y preguntas dentro de esos espacios, aceptando el papel crucial de las humanidades creativas en tiempos donde se hace urgente tomar decisiones generosas capaces de modificar el diseño compartido de este mundo ya, inevitablemente, global. Pero sin abandonar, en ningún caso, la condición de Athena de ser viajeras “de la lentitud” que el arte necesita para serlo.

Palabras clave: Devenir - Desterritorializar - Pensamiento nómada - Escucha - Contemplación

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 211-212]

⁽¹⁾ **Marifé Santiago-Bolaños** es Poeta y Ensayista, Doctora en Filosofía, Profesora de la Universidad Complutense de Madrid (España), Académica correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, Patrona de la Fundación María Zambrano (España).

[Carta de Marifé Santiago Bolaños a las integrantes de Athena. Comunicación personal, 8-22 de diciembre de 2024]

Camino sin meta¹

Queridas amigas:

Leo con el sosiego que merece la carta que me escribe Andrea, donde tiene la generosidad de contarnos ese “misterio” que supone todo proceso creador. A tal misterio, vinculado a

Athena y a modo de conclusiones –en un *non finito*, sin embargo– de este epistolario nuestro, dedico esta carta. Inevitablemente, aproximo sus palabras a lo que tendría que suponer, en la antigüedad que siempre es presencia, una iniciación simbólica, un entramado de instantes donde se revelase lo extraordinario de eso que, con un cierto conservadurismo, llamamos “lo cotidiano”. Es verdad que eso cotidiano establece una regulación de los días con sus horas, y que para estos seres efímeros con conciencia que somos tal ordenación tranquiliza. En la incertidumbre que nos precede sin que haya capacidad de evitarla, organizamos una suerte de pacto de engaño que nos hace andar por la Tierra como si fuera posible avanzar lo que vendrá, incluso permite que nos olvidemos de las hilaturas de las que formamos parte en tal andanza; hasta permite que rompamos el hilo sin tener en cuenta las consecuencias. Es tan breve el tiempo que recorreremos, por mucha longevidad vital que llegáramos a tener, que cualquier pequeña fantasía de control –lo cotidiano– basta para convencernos, un ratito más, de que los plazos los establecen nuestros deseos. Deseos de perdurar, de estar incluso en la desaparición; deseo que se imbuje de nostalgia, de melancolía tal vez cuando “el paso del tiempo” (¡qué extraordinaria expresión!) se muestra ante nuestros ojos como el acorde inesperado o como el encuentro fortuito.

Andrea

(Me) cuentas lo que se descartó en la muestra para PROA y tu invitación a recuperarlo, y haces todo un tratado raciopoético de Estética Filosófica sin necesidad de explicitarlo. En el camino sin meta que la creación supone, solo la atención cortés será capaz de “deshumillar todas las cosas”, en terminología precisa de María Zambrano cuando se refiere al arte. El arte es un hacer, cuántas veces hemos recordado en nuestras conversaciones la diferencia entre el hacer técnico y el hacer poético, entre la técnica y la poesía. El arte es un hacer, digo, donde la técnica va desanudando nudos y prisas hasta quedar la desnudez de la vida, su inocencia sin mácula, su habitar el paraíso donde no se temen los ojos de la otredad que mira. El arte es un hacer que va creciendo a medida que los detalles se atienden, y en la medida en que lo cotidiano muestra su rostro incierto que hay que recoger para que no se pierda, para que no sintamos la orfandad solitaria a la que ese tiempo abismático que nos une, pero también nos consume, nos aboca. La certeza de un tiempo pasado en plenitud de existencia, viene a decir María Zambrano que es el arte. Por ello mismo, sin sueños e imaginación creadora la incertidumbre que sostiene el existir humano puede hacernos presas de un miedo aniquilador, lo que en ciertos terrenos de la psicología profunda se conoce como “lo ominoso”.

Lo ominoso es que eso cotidiano se convierta en tu enemigo, que la seguridad ficcional que hacemos pasar por ontológica se desbarate; pudo parecernos una bella pompa de jabón, pero va a desaparecer con el mínimo roce, envenenando aquello que nos protegía y confortaba. Que creímos protección y confort. Convertidas, entonces, en exiliadas de nuestro propio universo los detalles agreden, sobresalen, borran los límites del mapa intangible que supusimos parte de nuestro control. Desvelan las costuras de la ficción que requerimos, paradójicamente, para vivir. Individualidades infinitas perdidas en el laberinto que también ha perdido los hilos que unirían subjetividad y objetividad cosiendo fragmentos. Piezas náufragas que una vez se sintieron parte de ese tejido llamado “lo

cotidiano”, que se torna agresivo desenmascarando una vulnerabilidad que guardábamos en el más profundo de los desvanes de la conciencia.

Todo esto, querida Andrea, habla a mi alrededor leyendo tu carta que es, en verdad y como te decía, todo un hermosísimo tratado de Estética capaz de “desquiciar” cualquier lectura canónica que se obstinara en la parálisis de un quicio unívoco. Propones, y lo logras, arriesgar, como nuestra querida Anne Dufourmantelle enseña en su libro del que tanto hemos hablado. Riesgo que se sabe en minoría como ejercicio activo de resistencia a la corriente que arrastra llevándose todo rastro de libertad.

Porque hay algo muy importante en tu propuesta de exponer lo desechado, lo que en cualquier proceso creativo es aun tentativa, ensayo. Propones exponer, mostrar precisamente ese ensayo, lo que me vuelve a recordar la lucidez de María Zambrano cuando se refiere a la persona exiliada (política, pero también simbólica y decir esto no es en absoluto superficial o frívolo) como “monstruo”, es decir, como algo que se muestra iluminando el fracaso de una sociedad que permite el exilio, y en todo caso muestra la experiencia de la extranjería, de lo fuera de lugar, propiciando el despertar o el veto del sentido de la empatía, que no es natural como no lo es la ética y, por eso mismo, hay que educarlo como han de educarse los sentimientos y el carácter.

El exilio es, me parece, la condición del arte. La creación deviene, desterritorializa, nos sube en la alfombra voladora de la metáfora en la que tanto has pensado, con la que tanto viaja tu pensamiento, y hace que cualquier palabra o experiencia cautiva estalle. Un estallido, mira lo que voy a arriesgarme yo a decir, de “lengua madre”. En esa lengua sin patria ni, por tanto, patrimonio, tienen su hogar las innumerables minorías que lo son solo desde el punto de vista de lo mayoritario, y lamento tener que repetir el término, “canónico”. La lengua madre (mejor que “materna” por las connotaciones que arrastra esta última manera de referirnos a ella) habla fuera del orden; es la lengua tan universal como nómada –y la condición nómada en nada se parece al exilio, más bien lo contrario– que se guía siguiendo la luz de la esperanza, o quizás sería mejor decir de la espera. La espera, desde la perspectiva de la creación, no es productiva ni progresa porque no contribuye a la medida del tiempo neoliberal que expulsa, que exilia todo atisbo de piedad. Leo tus reflejos, más que reflexiones, en torno a los “descartes” devenidos “monstruos”, devenidos muestra de lo que no se ve, y se hace la paz en el corazón. Hacer poético, sin duda.

En lengua madre, la paz es esperanza, no hace falta ser de un lugar patrimonial para reconocer su aparición; la lengua madre posee un código universal, bien lo supieron las mujeres disidentes de todo sistema impositivo, a las que la oficialidad tachó de “locas” olvidando que “delirio” no significa más que “salir del surco”, y que tal salida es la que permite que la humanidad abandone su condición de esclava de la misma humanidad porque se halle en la matria a la que como tal pertenece.

En un reciente viaje a Roma, hallé esta imagen; me impresionaron las palabras bíblicas que se leen a la izquierda. Y me impresiona la amalgama de tiempo que en la ciudad convive, y que identifiqué, en plenitud, aquí. Cuando visito Roma-amoR siempre siento haber vivido en muchas de esas capas de eternidad que la cimientan. Nada está fuera del presente, si acaso es el propio presente el que camina hacia el pasado y hacia el futuro, como el río

que en la ciudad te orienta. Siento “crear la creación”. En la imagen, “vi” primero la figura encapuchada, resguardada, con el rostro ocultado; pensé en Giordano Bruno, en Campo dei Fiori, y me acerqué a ver lo que suponía un nuevo recordatorio del fanatismo que tanto dolor ha causado, que tanto dolor causa. El fanatismo que comienza en algo muy pequeño, la falta de respeto, y crece y crece y crece hasta convertirse en destrucción sin tregua ni aviso. El rostro ensombrecido era el de alguien sin nombre, como podemos serlo todos los seres humanos expulsados de un pequeño fragmento de tierra real o metafórica, la historia sacrificial a la que se refiere Zambrano. Sin embargo, ese recordatorio escrito me hizo darme cuenta de que se trataba de lo contrario: es quien siempre está a nuestro lado sin que lo sepamos, dedicando su vida, acaso sin rostro, acaso sin nombre conocido, a que las fisuras por las que se cuele en permanencia eterna la esperanza no se cierren. Esa planta, esa raíz de una planta que busca el agua recorriendo las profundidades sin que ningún obstáculo la frene... Lo que no se ve y es la matría donde crece lo que se verá... Crear, eso era, como cuando Bachelard dice que la poesía es la única experiencia metafísica del ser humano que no requiere preámbulos, si acaso el previo del silencio. El silencio... Era un extranjero –extrano, forastero– y tú me recibiste –me acogiste, me diste la bienvenida... (Ver Figura 1).

Mostrar lo que solo se deja ver a quienes se arriesgan a salir del surco, lo que aguarda siempre en la tierra de las promesas para que las viajeras de la lentitud, como somos en Athena, se hagan cargo de los preparativos de una celebración sin cuotas, sin fatiga, sin prejuicios. Traer del exilio a la Belleza. Sostener, dices, la incertidumbre. Deja que transcriba un párrafo de *Claros del bosque*, lo tomo de las páginas 126 y 127 de la edición que llevó a cabo, en 2011, mi amiga Mercedes Gómez Blesa para la editorial Cátedra (si prefieres, *Claros del bosque* está en las *Obras Completas* de María Zambrano, tomo IV, volumen I):

Y se recorren también los claros del bosque con una cierta analogía a como se han recorrido las aulas. Como los claros, las aulas son lugares vacíos dispuestos a irse llenando sucesivamente, lugares de la voz donde se va a aprender de oído, lo que resulta ser más inmediato que el aprender por letra escrita, a la que inevitablemente hay que restituir acento y voz para que así sintamos que nos está dirigida. Con la palabra escrita tenemos que ir a encontrarnos a la mitad del camino. Y siempre conservará la objetividad y la fijeza inanimada de lo que fue dicho, de lo que ya es por sí y en sí, mientras que de oído se recibe la palabra o el gemido, el susurrar que nos está destinado. La voz del destino se oye mucho más de lo que la figura del destino se ve.

Y así se corre por los claros del bosque análogamente a como se discurre por las aulas, de aula en aula, con avivada atención que por instantes decae –cierto es– y aun desfallece, abriéndose así un claro en la continuidad del pensamiento que se escucha: la palabra perdida que nunca volverá, el sentido de un pensamiento que partió. [...] A los claros del bosque no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar.



Figura 1. “Fui forastero y me recibiste” escultura en bronce del artista canadiense Timothy Schmalz (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Hablas de una fotografía cariñosa, de amistad. Sí, la tomó Analía uno de los momentos que pasamos juntas en Maragatería. Estábamos en casa de nuestra amiga la compositora María José Cordero, tarde de ensayo de una lectura poética y musical que iba a tener lugar unos días después, como así fue. Irrumpir en lo cotidiano, “trabajar desde la rareza” como dices tú, hacer del instante un lugar hospitalario universal porque habla en lengua madre. Así

que el “logos” razón y lenguaje deviene matriz hacedora de matria. Escucha y contemplación, la condición de instante es serlo eterno, ahí no cabe la prisa.

¿Te das cuenta, Andrea, de que ese es el trabajo doctoral por vital de Analía?

Analía

Tomaste aquella foto, te dejaste guiar por un paisaje nómada aunque suene a contradicción: el Camino de Santiago “con-vierte”, es decir, (se) derrama hacia dentro. Como todo claro del bosque. Hay un método, es decir, un camino sin meta. Quizás sea ese el “método de los claros”, el que permite sumergirse en la corporalidad de las palabras.

Pero vuelvo, querida Andrea, a lo ominoso; he de decirte que es una experiencia que me impele sobremanera en esta época concreta de mi vida, donde trato de atravesar lo muy personal sin perderme en lo inevitable de la edad materna –una temporalidad que, quizás, tendría que asociar, en esta carta y en el contexto en el que nos escribimos, a esa “lengua madre” que fundamenta mi reflexión.

La actitud creadora –voy a tratar de no decir demasiadas veces “el arte”, aunque sabemos ambas que me refiero a una parte de la generalidad que tal término implica– permite que lo conocido y protector (¿puedo decir “lo matricial”?) devenga extraño en el sentido de propiciar la visión de la atadura, tan no elegida –salvo apelando a territorios espiritualistas que, al menos por ahora, no señalaré– como incierta es la existencia. Pero, del mismo modo, dicha actitud creadora logra que lo extraño y lo extrañado, incluso en su mostración ominosa, exprese su mediación matricial, su capacidad de acoger y acogernos. En tus ejemplos con tu alumnado hay momentos así: lo oscuro, lo siniestro deviene, por intercesión del arte, lucernario capaz de encontrar, en los umbrales, ese límite que al franquearse se encontrará, sin miedo, con la expresión que nuestro propio rostro enmascarado oculta, esconde y teme. Obrará catarsis, purificación que es desencadenarse y es, también, saberse “desaprendida”. La mirada creadora implica “manos” e implica “pies”. Tómallo tanto en el sentido metafórico como en el físico: es “un camino sin meta”, la metamorfosis que despoja de corazas para tocar con el dedo, directamente, la cicatriz. Una cicatriz no tiene que significar daño, sino huella. El ombligo es una cicatriz, pero sobre todo es recordatorio, “una huella perdida de existencia”, señalamiento que María Zambrano refiere, como te comentaba, cuando habla del arte y de su capacidad talismánica.

Lo ominoso: en ciertos momentos, lo muy cercano puede convertirse en nuestro enemigo; frente a la costumbre que acaba obviando el requerimiento de la atención pareciera que un despiadado genio maligno cartesiano disfrutase “cambiando las cosas de sitio”, hasta el extremo de que esas cosas dejarán de estar “a la mano”, lo cual aterroriza. Hago siempre relaciones etimológicas entre “aterrar” y “tierra”: temblor, temor, demasiado “terrestre”. Ya no hay alas porque ya no hay imaginación, pero tampoco hay posible trato afable y racional con las cosas, que se han tornado desconocidas: se impone, pues, lo que siendo sin remisión ha dejado de sernos. La cicatriz-huella busca su origen, mira atrás, pero está tan lejos y tan lleno de dudas que ese mirar no deja de serlo a un fantasma, y supone un esfuerzo tan desproporcionado que el cuerpo se paraliza (terror) y la mente se apaga al no poder, tampoco, posicionarse en el lugar que le correspondería. Entonces el sonido al que llamamos “música” se

invierte y retorna a ser grito –Zambrano se refiere a la música como grito allanado en canto, creo que es una imagen literaria poderosa–, y el color que atenta contra la huida de la atención reclama ser atendido en una fórmula vigilante que, de nuevo, aterriza. La música ya no lo es, es grito primordial con raíces de lengua matriz, y el color está exento de forma a la que dirigirse, como un fuego que atrajera a una insignificante mariposa presa en su orfandad. Estoy describiéndote, en la escritura, una etapa que cuando se da sobre el puente roto de la conciencia exige el mismo amor, el mismo cuidado amoroso que el recibimiento del nacer. Despedirse es un nacer en otro lado. Necesita de las manos y de los pies. Pensaba en la obra de Patinir *El paso de la laguna Estigia*, memorable y tan cargada de simbología como de teoría explicativa que, quizás, obvia la profundidad que supone y que permitiría entender, acaso, la conmoción que provoca el cuadro que el Museo del Prado custodia. Señalo algunos trazos: dos orillas de un brazo acuoso, entendemos que se trata de la laguna Estigia y que, por tanto, el barquero que la atraviesa es Caronte. Tenemos su origen en la mitología grecolatina; Dante lo reclama en su *Divina comedia*. Caronte lleva, en el cuadro de Patinir, a un ser humano en su barca. Puesto que está en el centro y parece que mira a la derecha de la obra, dudamos de si el barquero ha salido de la orilla donde hay ángeles y se dirige a la orilla de la destrucción, o salva de la orilla de la destrucción dirigiéndose a la otra orilla. Puedo perfectamente imaginar que abandona la destrucción y está llegando a la orilla que voy a llamar “angélica”; la mirada “terrenal” es vigilancia cuidadosa para que los gestos sean precisos y no arrastre la corriente a la que Caronte se enfrenta con sus remos. Esa mirada terrenal la sostenemos nosotras ante el cuadro (*Ver Figura 2*).



Figura 2. “El paso de la laguna Estigia” (1520-1524) del pintor flamenco Joachim Patinir, Museo del Prado (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

En el primer plano de ambas orillas hay jardín fértil que, en el caso de la orilla derecha, no sabemos si se está perdiendo en la suciedad y el fuego aniquilador o, por el contrario, lo resiste, limpia lo que en los restos arquitectónicos se nos muestra: lucha, violencia, guerra, enemistades que convierten la vida en “combate que causa lágrimas”. Me impresionan esos seres propios de las pesadillas y del miedo que parecen esperar o protegerse bajo el tejadillo adyacente a la torre, mientras que en la azotea de esta, como si se tratara de una siniestra representación, la violencia se muestra impúdica, a pesar de que Patinir le deja mucho menos lugar que al sosiego. Quiero pensar que la calma acabará apagando ese fuego que mata, sanando la suciedad de las aguas manchadas de destrucción y lo que permanecerá será el cielo limpio y las flores y esas aves diminutas, aladas, que se asemejan a ellas y apoyan la imagen de los ángeles. Se ha pensado siempre que se trata del Paraíso, que entre los ángeles andan Adán y Eva, de modo que el infierno es el otro lado. Se ha pensado siempre en “representación alegórica”, toda la composición del cuadro tiene mucho de escena para pensar en comunidad, de teatro. Yo no me resigno a perder el color de la naturaleza, los breves signos que la sostienen, ese verde de amanecer (recuerdo haberle oído a la maestra Fanny Rubio decir que María Zambrano, a la que conoció personalmente y a la que tanto ayudó para que la filósofa pudiera regresar a España, se refería al verde como el color de la aurora porque arrastra la noche todavía, pero ya perfila el mundo que el alba ilumina y va descubriendo) (Ver Figura 3):



Figura 3. “El paso de la laguna Estigia” (1520-1524) del pintor flamenco Joachim Patinir, Museo del Prado. Detalle de la sección derecha de la obra. (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Y es que, Andrea, mira los ojos de pintor de Caronte, son los mismos que encontramos en cualquier autorretrato. ¿Será el propio Patinir?, ¿las aguas de la creación son esa laguna Estigia que hace a las almas “cruzar al otro lado”?, ¿y la creadora o el creador es siempre Caronte?, ¿hasta dónde llegarán las aguas contaminadas de dolor pudriéndolo todo salvo que Caronte “lleve a la otra orilla”? Andrea-Caronte ayudando a sus estudiantes a salir del infierno y cruzar al otro lado. Analía-Caronte, Agustina-Caronte, Noelia-Caronte, Esther-Caronte (Ver Figura 4):



Figura 4. “El paso de la laguna Estigia” (1520-1524) del pintor flamenco Joachim Patinir, Museo del Prado. Detalle de la sección central de la obra. (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Siempre he intuido que esta obra no puede reducirse a la plasmación de un suceso mitológico, salvo que, como estamos seguras en Athena, la mitología se entienda como fuente matriz que nutre y guarda la semilla del pensamiento creador. Lo digo porque el barquero nos mira intensamente, mientras que la criatura aun no formada del todo que va en la barca está imbuida de la inocencia de quien no juzga. Ese ser que, sentado, se apoya con toda tranquilidad, con toda confianza, en el asiento formal de la barca de Caronte, se deja guiar. Y Caronte nos reclama, ¿te das cuenta?, es un autorretrato de la creación “partera de almas”. La laguna Estigia es el tránsito, Caronte es el barquero de la vida que siempre es tránsito. Lo escribía: constante nacer al otro lado que no es más que un costado del mismo lugar, necesidad de manos y de pies. Cuánto recuerdo esa frase zambraniana: la tragedia es el oficio de la piedad.

Te hablo desde la misma cuerda floja de la razón creadora que tiende su mano y nos enseña a andar en la creatividad y en la vida que se topa consigo misma en planos de tiempo que también son un presente absoluto.

Escena detenida: cruzar. Al “detente, instante, eres tan bello” de Goethe en su *Fausto* se aproxima ese otro instante desasistido de belleza cuando se hace ominosa presencia que te tienen que ayudar a enfrentar para que no te paralices (aterrar). Aprender a reajustarse los músculos y el tiempo, como escribí en un poema...

Pensaba, Andrea, de nuevo, en la lengua madre, la que es raíz sostenedora sin renunciar a su nomadismo. La única capaz de reconocer el rostro espejo que es cada otredad, incluida la que nos hace ser quien somos en lo más íntimo. Lengua de exilio y de hospitalidad. La que recorre la vida que es obra de arte y no permite segundo de desvío de la atención: afuera solitario en el que hallaremos otros afuera que dejarán de serlo en compañía. Supongo que ese era el acontecimiento que se ha dado en llamar “iniciación”, de donde se desgajó el acontecimiento escénico, la mostración teatral en su sentido más hondo y omni-abarcante. Lo que tú “muestras”, lo que Agustina “muestra”, lo que Analía “muestra”, lo que Noelia “muestra”, lo que Esther “muestra”. Lo que yo contemplo y escucho de cada una de vosotras. Y agradezco desde lo más íntimo de mi corazón.

Athena, la diosa hilandera; también la diosa costurera, ¿no crees? La diosa que se guarda –¿no será que se adorna, se acicala, se viste para la ocasión ritualizante de la ceremonia vital?– con un escudo que, en realidad, es el recordatorio de un espejo en el que detener la mirada. Porque la razón establece los límites, pero también señala en ellos la puerta: ese escudo es mirada evanescente, espejo mágico en el que asomarnos al otro lado. Me encantó, en el sentido literal de “encantamiento”, de magia, cuando ese viaje “al otro lado” de las palabras que Analía materializa, da encarnación en obra, “mother” era M-Other, otro en “madre”, una otra cada una de nosotras en “madre”. Otredad que la ha llevado a ella a intuir el requerimiento “museístico” –en el sentido que le hemos dado a tal espacio de memoria viva en este epistolario– de esculpir lacrimatorios para guardar instantes que merezcan permanecer en el amniótico líquido de una lágrima.

Lágrimas de la llegada y de la despedida, simbólica laguna que el cuerpo espiritual ofrece desde el “lugar” donde se asienta la mirada.

Sin que sea una metáfora: voy escribiéndote sobre las nubes, camino de Roma-amor, la ciudad espejo que representa la matriz más clara donde se fue gestando esta “lengua madre” en la que Athena habla en su vertiente de idioma y de tesoro más allá de lo idiomático, la que necesito Analía, durante el confinamiento al que nos sometió la pandemia y que fue “el infierno” del que se salvó, con Belleza reconciliadora, Athena. Escucho todo esto en un hermoso texto extraído de *Hacia un saber sobre el alma*, de Zambrano (que no voy a señalar en cita habitual de páginas, etc., porque he pensado en que es mejor “encontrarlo” en la lectura completa del libro; ha ganado mi faceta “profesoral”):

Toda victoria humana ha de ser reconciliación, reencuentro de una pérdida amistad, reafirmación después de un desastre en que el hombre ha sido víctima; victoria en que no podría existir humillación del contrario, porque ya no sería victoria, esto es, gloria para el hombre.

Participé, en la sede madrileña del Instituto Cervantes, en un homenaje al maestro Emilio Lledó el 17 de septiembre de este 2024 que casi está concluyendo. La jornada se llamaba “Los lenguajes de la esperanza”. Señalaba yo entonces que, me parece, esos lenguajes tienen que ver con el pensamiento que siente su incompletud, que siente una ausencia, que mira atrás y solo halla fantasmas que se desvanecen. O sigue adelante, en soledad, para detenerse de nuevo ante el abismo de lo que ya no le corresponde. En este afuera, hay un “otro orden”, un *ordo amoris*, hay “razones del corazón”, “saber de entraña”. En ese afuera reconciliador está la imaginación encarnada que vela por la ciudad recordándole el peso incandescente de la creatividad, guardiana de la libertad frente a todo totalitarismo, incluyendo los totalitarismos del tiempo y el espacio. Porque el espacio te identifica y el tiempo te sucede. Esos lenguajes de la esperanza traen un contar, un compartir, un contarnos. Lo leo, de otro modo, en otro libro de María Zambrano, el que titula *La confesión: género literario* (y hago lo mismo que antes, es decir, no señalar páginas ni otros datos habituales porque querría invitar a encontrarnos con el sendero de estas palabras):

Antes, antes de que el yo cartesiano la barrera, había algo llamado alma, que nos imaginamos ahora como este espacio interior, como este reino de cada uno, tesoro donde se guardan las ocultas e imprescindibles posibilidades de cada cual, su secreto reino.

No puede haber libertad sin intimidad. En tal vivencia, la palabra es de escucha y de contemplación, es no lugar en el lugar, es no tiempo en el tiempo. Y aunque nos demos la vuelta no se irá lo presentado, seguiremos en la calma de la confianza sin mediación de la conciencia, como la criatura que está en la barca de Caronte en el cuadro de Patinir, porque la memoria nos precede como escuché decir de las comunidades indígenas americanas en un encuentro que organizaste, Andrea, en tus clases: el futuro va detrás como un sueño, eso es la sombra fantasmagórica que se difumina y a la que no podemos apresar; pero el pasado con su memoria va delante, ejerciendo de guía. Una guía que es, en sí misma, un proyecto, un camino, una caminata. Y el presente ha de ser, entonces, reconciliación. Esa es la victoria: prueba, ensayo, embarcarte sin miedo, sin competir, sin esperar porque es

esperanza. Lo leo en *Notas de un método*, de Zambrano (recordemos que “método” no es más que “camino”):

Ir y venir de la memoria, que se acerca cada vez más al círculo –inalcanzable, ciertamente–, despegando, liberando al ser humano del tiempo que inicialmente lo envuelve y sujeta, desplegando esa envoltura en la libre espiral del tiempo mediador. La memoria se postula así como arte y sabiduría del tiempo; la memoria que en su servidumbre guarda, como una antigua y misteriosa arca, la libertad –ese arcano propuesto al hombre.

Así que esta reflexión –o reflejo– se lo dedicaré a Analía.

Analía

El verano europeo de 2024 lo fue de múltiples símbolos para Athena. Todas participamos en la radialidad de los caminos cruzados que íbamos compartiendo. Tú recorrías un tramo físico del tan metafísico e iniciático Camino de Santiago, e ibas más allá de las jornadas, de los tramos porque completabas la caminata física con el pensamiento creador que significa, como pudiste sentir, Maragatería. Es el lugar de origen de mis antepasados paternos, el Paraíso que tuvo que abandonar mi abuelo para crecer en Argentina, en tu Argentina, y mi padre años después para crecer en Madrid, tu Madrid de los caminos de agua. Maragatería es experiencia universal, o sea, de universo en el que lo cotidiano, lo presentido (qué inquietante palabra), la intuición y la forma se unen con naturalidad en la partitura del vivir. Estás allí sin estar, se te permite estar en plenitud incluso en la ausencia; y la ausencia deja de serlo allá donde los caminos te lleven porque el monte angélico ancestral, el sagrado Teleno de los astures que los romanos tuvieron que venerar creyendo que tan solo extraían, de su cuerpo, oro, acompaña siempre como la ciudad del poema de Kavafis. Estabas en casa de nuestra querida María José Cordero, apenas a 8 kilómetros de mi casa. Era un estar de trabajo creativo: organizar tu futura tesis doctoral, respirar la calma que señalan los ojos de Caronte en esa “pieza musical” que Patinir tituló *El paso de la laguna Estigia*. Ibas y venías a través de los caminos invisibles de internet y la memoria. Te mostrabas infinita en tu obra para presentarte a eso cotidiano que te esperaba como perfecto anfitrión de tu estadía. Fuiste parte de ese “país de los pequeños placeres” –como titulé refiriéndome a él en uno de mis libros de versos que, me parece, te regalé– ayudando a María José en su preparación de actividades culturales veraniegas, entrañables momentos de amistad y cariños generosos entre los que se encuentra el que ensayábamos cuando hice la fotografía con la que comenzaba Andrea su carta. Asististe a mi comunicación del curso que la Universidad Complutense de Madrid celebró en Astorga, justo con el requerimiento académico de reflexionar sobre el Camino de Santiago en su peculiaridad en la zona. Propuse el itinerario filosófico que ofrece *Claros del bosque*, de María Zambrano, y *La lámpara maravillosa* de Valle-Inclán que el autor escribió disfrazando la poesía de filosofía y la filosofía de poesía hasta que consiguió que no fuera posible distinguirlas porque, en su abrazo de danza, estamos en el centro del corazón propio, ese claro del bosque.

Por eso, Analía, también fuimos juntas a la frontera misterica en la que el Camino deja Maragatería y empieza a ser Bierzo: Foncebadón. Dejamos, en el regazo de la cruz de Ferro, una piedra, como si se tratara de una tumba hebrea, para que creciera la memoria en el *milladoiro* que sostiene ese “cruce-cruz”. Me acordé de Artemisa de los umbrales y los tránsitos, la diosa que la antigüedad invocaba en el nacer y en el morir. Y Andrea, ¿te acuerdas?, nos llamó por teléfono. Hacía un instante que la habíamos mencionado, pero nada extraña al corazón. Así que continuamos su mandato poético y buscamos el atardecer que se despide del día ante el altar que los antepasados, más allá de geografías, han ido dejando –lengua madre– ante los montes sagrados desde los que es posible vivir la eternidad. El monte Teleno en su esplendor, exigiendo ser mirado y escuchado desde la huella escrita en la piedra, desde los petroglifos que llevan a la medida humana el “campo de estrellas” que le dará nombre a Compostela. Cuaderno de bitácora de un viaje hacia la eternidad que comenzó ahí, exactamente en el ahí de cada una, hace miles de años sin días y sin horas. Imagen de Athena, proceso creador, M-Other.

La razón no es solo una cosa, y la vida no es solo un hecho. Así que unos días después continuaste tu camino hacia Santiago y empezó ese peculiarísimo diálogo, esa cartografía entre Esther y tú, que es una plegaria y requiere un manto que cubra a la peregrina con palabras que cuidan. Palabras que tocan cuando el cuerpo está lejos, y en su tocar “acercan” ese cuerpo iluminando lo oscuro, dejando que el silencio sea vibración de la palabra. Son imágenes que llegan de vuestra trama, de vuestro tejido; las leí antes de que esa etapa del Camino tuviera lugar porque están en las anotaciones que hice el día que Athena se encontró en Madrid, el 14 de marzo de 2024. El día, los días...

Quien peregrina va “dejándose” a la vez que se renueva. Palimpsesto o metamorfosis. Manto o alfombra. La obra, dijiste tú, Analía, es como la confirmación de una intuición: el proceso individual saca “oscuridades”, desaprende el lenguaje aprendido y habla “lengua madre”.

Y entonces somos conscientes de que Athena es un verbo que testimonia y “da permiso” a la par, para saltar al vacío. Porque la poesía –reitero a Gaston Bachelard– es de todas las experiencias metafísicas (¿habría que decir “trascendentes” o “absolutas”?) la única que no necesita preámbulos; si acaso, el previo del silencio.

Y del silencio querría hablar con **Noelia**

Tu viola, Noelia, ya está diciendo, aunque todavía parezca que no la escuchamos. La escucha del sonido precede a la conciencia de oírlo. Oír el silencio puede parecer una ausencia, pero escucharlo es plenitud de ser. Sé cuánto amas la música de cámara; te he “sentido explicar” que en ella, frente a lo que se da en una orquesta, no dirige quien conduce a partir de su idea musical. En la música de cámara hay una presencia colectiva que mana, como el agua pura del poema místico de Juan de la Cruz, allá donde “bien sabemos”. Saber no significa poder explicarlo, hay un saber que “trasciende toda ciencia”, un método que lo es “musical” y no racionalista meramente. Las “notas” de este método son notas musicales, señalamientos, anotaciones, huellas –de nuevo la cicatriz– a la espera de ser “tocadas”.

Analía nos recuerda que siempre hay “clasificación” cuando se te exige estar “a un lado” – asumir ese tener un rol no siempre elegido, añadiría yo– que, inevitablemente, “binariza” la existencia. Pero cuando se “camina” con alguien al lado, como dices tú de la interpretación experiencial de la música de cámara, Analía señala que los corazones se alinean. Lo que toco me toca, como dice Andrea.

Continúo ese hilo contigo desde la metáfora de la piel tan trabajada también por Andrea: el sonido silencio es la membrana, es ese “entre” que permite la aparición de un algo auro-ral que, como diría Agustina, se aposenta en el cuerpo. También tiene algo de “caminata” ese “interpretar”, algo de lectura de una lengua oculta que sale a la luz. Es una “posibilidad”. Recuerdo a Debussy, en los últimos y muy trágicos momentos de su vida, diciéndole a Stravinsky que cuando enmudecieran los cañones una belleza nueva habría de llenar el aire...

Ese “silencio musical” al que me refiero me hace estar segura de que, alguna vez, enmudecerán para siempre los cañones porque ya escucho esa belleza.

Y, mientras tanto, trato de hallar los intersticios por los que se asoma esa esperanza que, paradójicamente, siempre tiene que ser certeza para serlo. Lo he leído en esa delicadeza de Pascal Quignard que es *La lección de música*, donde recorre el luminoso umbral que hizo a Marin Marais “escuchar ese silencio” perdido de la voz del tiempo e intentar “recrearlo” en el cuerpo de su viola (de gamba); reproduzco dos de los fragmentos (¿compases?) que están en la página 63:

Una parte de la música es este tiempo trabajado por el tiempo, este tiempo que hace girar el tiempo, se dirige contra él con los medios que sus mismas propiedades le ofrecen. La música es una corrección de tiempo más o menos espectral. En ella parece que el tiempo regrese a sí mismo, retorne más allá de su origen. Que el tiempo tenga la nostalgia de no haber estado siempre. Durante este tiempo, la pérdida del tiempo no se hace soportable sino deseable. En el seno del tiempo humano, la música es un espectro del tiempo.

Es asombroso, asombroso... Recordé este texto cuando releía las notas que tomé en el encuentro de Athena en Madrid, esa primera vez que nos reuníamos todas en un concierto de cámara que “atheneaba” haciendo corporal el pensamiento, sin fronteras que separen la vida y su deseo que echa a andar, y la muerte que implica ese comienzo constante. Decía Agustina entonces que Athena somos un plural de testigos invisibles, lo cual legitima cuanto hacemos en Athena. Y, como si estuviera recorriendo un álbum de fotografía preciosas, vi la tuya, Noelia, una de nuestras sesiones durante el confinamiento en la que se te fueron las lágrimas del sitio donde las querías retener, y hubo catarsis y hubo reconciliación. Y no sé si fue ese día u otro, porque es el mismo día eterno en mi recuerdo, pero sonó tu viola. Y salvó el instante que, sí, era bello porque estaba vivo y latía acompañado. Por eso os fue tan sencillo, tan natural, a Agustina, a Andrea y a ti, encontraros a la orilla de un río, en Segovia, en un después que era un antes y un ahora: tu viola trayendo el silencio, Agustina bordeando, una vez más, la piel del claro del bosque, Andrea “tanteando” las cicatrices que son huella y son *oberturas*. De esas puertas que se abren en el tiempo, quiero hablar con Agustina, precisamente.

Agus, querida

Hace ya muchos años, en la presentación de una exposición de mi querido Jesús González de la Torre, señalé un lugar romano al que María Zambrano se refiere en “Cielos pintados”, un artículo hermosísimo dedicado a De la Torre (artículo incluido en *Algunos lugares de la pintura*). Es la conocida como “puerta hermética”, “puerta mágica”, “puerta alquímica” o “puerta del cielo”. No había tenido ocasión de conocerla en otras ocasiones, pero en mi viaje decembrino a Roma del que ya he hablado en esta carta visité lo que queda de aquella puerta, hoy en un parque en la plaza Vittorio Emanuele II. También es un “resto” de tiempo; un día fue la Villa Palombara, palacio del marqués de Pietraforte, Massimiliano Savelli Palombara, quien, como tantos habitantes visionarios de ese extraordinario momento fronterizo que fue el siglo XVII, (recuerdo, de nuevo, a Giordano Bruno, ardido en la hoguera justo en 1600), intuyó que ciertos misterios más allá de la superstición, por supuesto, que iban quedándose arrumbados fuera de la ciencia que se oficializaba, poseían simientes de la experiencia del pensar y el crear que no podían desterrarse, es decir, expulsarse de la tierra. Hablamos de “neoplatónicos”, sí, de academias que se ocupaban de “guardar” el tiempo traduciendo, investigando quizás con cartesiano orden lo que se quedaba fuera del orden. El marqués era amigo de la reina Cristina de Suecia; si lo menciono es porque ella fue la gran protectora de René Descartes, el “padre” del método que abre, en la historia occidental, la “modernidad”, lo cual parece una contradicción. Es importante recordar que Cristina es una de esas mujeres de la historia que escapan de ella, se “disfrazan” de hombre-poder para esconderse y huir, rompiendo la cadena que las ata a la exigencia de una continuidad que no las tiene en cuenta. Así llega a Roma, donde creará espacios para ese “conocimiento hermético”, para ese “guardar el tiempo”, como prefiero llamarlo apelando a la paradoja de que fuera, precisamente en Estocolmo donde, en 1650, morirá Descartes; allí lo había acogido, con toda hospitalidad y respeto para protegerlo de quienes todavía se resistían a entrar en una nueva época, la reina, que dejaría de serlo por propia voluntad pocos años después. Pues bien, uno ambos acontecimientos a partir de la figura de esta mujer que, en su estancia en Roma, tuvo entre otros grandes anfitriones a Palombara. La puerta está custodiada por dos figuras que representan al dios egipcio Bes, protector de la infancia y del amor (¿los enanos mágicos de los cuentos de hadas son sus sucesores?), y rodeada de símbolos que apelan a puentes que pudieran unir lo celeste y lo terrestre en un sentido más allá de lo meramente físico. Hay palabras mágicas que conllevan mágica gestualidad, hay símbolos astrológicos y símbolos alquímicos, formas geométricas que podrían remitir a los misterios órfico-pitagóricos. Y hay, por encima de todo, la reminiscencia de ese “jardín interior” que se proyecta en la infinitud de jardines que pueblan la mitología, las leyendas fundadoras, los afares de cualquier viaje iniciático y –aquí llegas tú– el “embosquecimiento” donde el cuerpo (se) muestra la coreografía del pensamiento.

“Embosquecerse”, sabes cómo me gustó esa imagen, ese concepto cuando lo recorrí en tu tesis doctoral, uno de los grandes momentos de Athena este año. Pensamos juntas, cómo no, en ese “claro del bosque” zambraniano cuando disfrutábamos del “pensamiento danzante” en tu *Vanitas I*. Regresé, en la memoria, al viaje de Ulises de vuelta a Ítaca tras décadas en una guerra tan miserable como todas lo son. En una de las etapas de ese regreso, el marinero se encuentra con la maga Circe; me salto todo el relato del episodio y me quedo, tan solo, con que Hermes –el dios mensajero entre divinidades y mortales– le entrega a

Odiseo “hierba moly” para protegerlo de los hechizos de Circe. Quizás se trate de la hierba de la inmortalidad que los caminos herméticos requieren, esos que llevan como Caronte de una vida a otra vida, de un ocultamiento a un desvelamiento; tal vez sea la “herba namoradeira” (hierba de enamorar) que las mujeres dan a quien llega peregrinando a San Andrés de Teixido, uno de los lugares misteriosos de Galicia en relación con la vida y la muerte y sus senderos tan abismáticos como simbólicos, vinculado al Camino de Santiago del que hablaba con Analía, y que está situado en la ruta griega peninsular del ámbar, con lo que no es extraño que pervivan, en la metamorfosis del tiempo, creencias de antaño.

O tal vez se trate de esa hierba-raíz del universo, la manifestación apofántica que el arte propicia. He de decirte que todo esto está también en la puerta mágica de Roma, pues de la hierba se habla en la leyenda que da pie a la construcción de esta misteriosa arquitectura: se cuenta que una noche un peregrino buscaba en el suelo algo, se acabó sabiendo que era la hierba *moly* y que el peregrino era, en realidad, un alquimista que dejó la reminiscencia de los sueños creadores en quien así lo constató mandado construir una “entrada” grabada con signos y símbolos más allá de lo evidente, pero reconocibles en toda una tradición ancestral que habla de la transmutación. ¿No lo es toda experiencia estética?, ¿no lo evoca la tan buscada catarsis? Tú, Agustina, has atravesado esa puerta en *Vanitas I* y, por supuesto, has dejado “notas de un método” en tu investigación doctoral.

Esto es todo lo que pude fotografiar, el acceso estaba cerrado y solo en ciertas horas y previa reserva puede atravesarse la valla que rodea el espacio (pero hay imágenes precisas en internet donde puedes ver algunas de las inscripciones a las que me he referido) (Ver Figura 5).

Una puerta que no va a ninguna parte es una puerta abierta a la imaginación, a la posibilidad. Es un umbral, un borde, es penumbra y es espejo.

Y esto me lleva a lo último que quería tratar contigo en esta carta, Agustina. Extraigo, sin comentar apenas, un fragmento de *Lacan en la orilla*, libro de la analista y poeta María Navarro Pacheco. En la página 92, y refiriéndose al Seminario 25 de Lacan, nos recuerda:

Así, cuando Lacan nos orienta hacia el campo de la poesía para intervenir como psicoanalistas nos está diciendo una vez más que la lingüística no es suficiente. Dice en esta misma clase: “Sea lo que fuere, incluso lo que es de esta práctica, es también poesía, hablo de la práctica que se llama análisis”.

¿Nueva lengua hecha de lo que el lenguaje excluye?, ¿necesidad de aprender del mito como albergue de la imaginación?, ¿lo simbólico como lengua inmediatamente derivada de la lengua matriz?, ¿atravesar la puerta, embosquearse porque eres tiempo atemporal, porque comprendes y hablas en la “Lalengua”? Poema...



Figura 5. “Puerta Mágica (*Porta Alchemica*) y las Estatuas de Bes”. Siglo XVII, Jardines de la Piazza Vittorio Emanuele II, Roma (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

¿Es de ese tiempo del que hablabas en la Universidad Complutense, Esther, cuando recordabas que tu padre, en sus últimos días de vida en esta vida, te preguntaba dónde estaba su cuerpo?, ¿es ese espacio del convocar sin limitaciones demarcativas al que te referías con que cada encuentro de Athena lo era de unión de las ciudades del mundo, preparadas para ser una sola ciudad en un solo día en una sola hora que contaba “ese segundo universal”? Ese segundo universal lo hemos compartido alguna vez, seguro que las dos podríamos hacer un ejercicio de memoria y coincidiríamos, e incluso nos recordaríamos, la una a la otra, momentos que perfilaron una forma: conversando en torno a escritores amados, atravesando de la mano el arco-puerta que nos adentraba en la antigua Jerusalén, en el silencio de un día de un año en el que quisimos conjurar, de corazón, la maldad de la maldad (una verdad aunque sea escribiendo, como dice María Zambrano). O en Estambul, la ciudad que se hizo mítica para Athena en una de nuestras reuniones en la que, supongo, contaríamos algo que voy a explicar un poco ahora y que he extendido en uno de los capítulos de mi libro *Reflexiones a la orilla del tiempo, algunos tés imprescindibles*.

Fue un viaje de trabajo, con toda la carga de responsabilidades y horarios que conlleva; pero parte del grupo que viajaba estaba tejido con la savia inabarcable del jardín de la amistad. Esa amistad hizo que el viaje se convirtiera en algo más que “lo cotidiano”. Porque eso cotidiano iba trayendo, poco a poco, ese instante que permite tocar sin temor lo que queda en el otro lado. Sí, como le decía a Andrea al comienzo de esta carta, se iban desvelando capas de existencia, tiempos que conviven y esperan a ser reconocidos. En aquel viaje cambiaron destinos literarios, nacieron versos. Y se estableció el “vínculo” del que hablaban en la antigüedad y al que, alguna vez, hemos hecho mención en nuestras reuniones y en esta correspondencia que las prolonga. Estambul es una puerta también, es un límite: una franja de agua, que es el relato de un amor mítico, divide la geografía de la historia. En Estambul, se puede decir oriente y occidente, Asia y Europa sin que haga falta más que mirar sobre nuestros hombros a la derecha o a la izquierda, modificando el punto de vista, “descentralizando” porque el centro está en la mirada que mira. Se puede decir y se puede respirar, esto último es crucial en la trama de Athena, porque hay mucho más que un pensamiento o un relato, muchísimo más que una explicación: hay una experiencia. En Estambul, los lazos los estableció el desvelamiento de una lengua más allá de las evoluciones gramaticales y de los mestizajes. Ahí entendí qué significa Sefarad más allá de definiciones lingüísticas y señalamientos concretos. Sefarad es como la alusión lacaniana que le hacía a Agustina, como las caminatas rituales M-Other de Analía, como la piel y el entre de los que habla Andrea o el silencio de la viola de Noelia antes de que comience a escucharse la música que ya ha empezado.

Y Athena, escribiéndoos, vuelve a ser verbo que da permiso porque protege cada paso. Maestra de la ficción, como eres, Esther, te pienso en esta carta que cierra un ciclo como si Amos Oz (que tanto admiramos tú y yo) y Fania Oz-Salzberger estuvieran manteniendo contigo una conversación venerable que va a convertirse, sin intención, en un libro al que van a llamar *Los judíos y las palabras*. En la página 122, encuentro algo que me lleva, contigo, de nuevo a Estambul. Transcribo la parte de la conversación del padre – “el novelista de entre nosotros” y la hija – “la historiadora de entre nosotros” como se nombran, respectivamente, Amos y Fania:

Las primeras letras de *peshat*, *remez*, *drash* y *sod*, tal como enseñaba el gran cabalista rabí Isaac Luria, llamado el santo Arí, se combinan entre sí para formar la palabra hebrea *pardés*, huerto. Nuestro antiguo círculo se cierra de este modo. El jardín, ya una metáfora, se convierte en un acrónimo.

Muy alejados del bíblico bosquecillo de nogales del deseo terrenal, durante siglos los rabíes vivieron en plantaciones hechas de palabras. [...] Las palabras, junto con otros glifos, en particular números, podrían llevarle a uno a los ciclos místicos de la eterna sagacidad. No se requería ningún otro paisaje [...] Como escribió en una ocasión el novelista de entre nosotros, los hechos se convierten algunas veces en serios enemigos de la verdad.

A nuestra salida del huerto, la idea central de la intemporalidad judía queda enfocada con claridad. Una idea alucinante. No es ni cíclica ni lineal. Tampoco convierte en alegóricos los relatos bíblicos. Más bien dice que todo sucede al mismo tiempo. Todas las mentes que hayan vivido alguna vez son contemporáneas.

Estambul se convirtió, en aquella reunión de Athena, en un lugar que desplaza, un locus desterritorializado; un lugar onírico guardián y guardador de sueños creadores. En la certeza de que todas las mentes que hayan vivido alguna vez son contemporáneas, y todas las ciudades son la misma ciudad cuando son convocadas para unir los espacios y los tiempos. Y concluyo. En la página 188 del mencionado *Los judíos y las palabras*, leo:

Nuestras palabras no son nuestras palabras. Cambian mientras las pronunciamos. Nunca permanecen el tiempo suficiente como para “pertenecer”.

Os abrazo con tanta verdad como os admiro, amigas queridas

Notas

1. Todas las fotografías que aparecen en esta carta han sido hechas por la autora.

Abstract: With the intellectual company of Gastón Bachelard and María Zambrano, among other authors, this article-letter will function as a conclusion to our correspondence. We will propose overflowing the closed concept so that it is the metaphor that gathers all that is left out, exempt as it is from a straight-line direction of meaning. In this way, by ‘unhinging the reading’, that is to say, by taking everything that has been expressed in the course of this correspondence out of the equation, a theoretical-practical proposal will be made that will allow us to advance towards other epistemologies capable of taking charge of the 21st century and its requirements. We will propose spaces for consensus

and questions within these spaces, accepting the crucial role of the creative humanities in times when it is urgent to make generous decisions capable of modifying the shared design of this now, inevitably, global world. But without abandoning, in any case, Athena's condition of being travellers 'of the slowness' that art needs to be.

Keywords: Becoming - Deterritorialisation - Nomadic thinking - Listening - Contemplation

Resumo: Com a companhia intelectual de Gastón Bachelard e María Zambrano, entre outros autores, este artigo-carta funcionará como uma conclusão de nossa correspondência. Proporemos o transbordamento do conceito fechado para que seja a metáfora que reúna tudo o que ficou de fora, isenta como está de uma direção linear de sentido. Desse modo, ao “desarticular a leitura”, ou seja, ao tirar da equação tudo o que foi expresso ao longo dessa correspondência, será feita uma proposta teórico-prática que nos permitirá avançar em direção a outras epistemologias capazes de dar conta do século XXI e de suas exigências. Proporemos espaços de consenso e questionamentos dentro desses espaços, aceitando o papel crucial das humanidades criativas em tempos em que é urgente tomar decisões generosas capazes de modificar o desenho compartilhado desse mundo agora, inevitavelmente, global. Mas sem abandonar, em todo caso, a condição de Atena de ser viajante “da lentidão” que a arte precisa ser.

Palavras-chave: Tornar-se - Desterritorialização - Pensamento nômade - Escuta - Contemplação
